

historia casi quiroguiana: una mujer con sus perpetuas obsesiones en una selva de cemento, en pleno Casteljandolfo. Por allí estira su mano una laguna en donde la muerte existe.

El cuarto episodio, una fogata —al parecer con algo de ritual— y una playa joyceana, en donde se adivina un viaje de Ulises hacia el desasimiento, un “túnel del amor” en una feria de entretenimientos, que es, al mismo tiempo, la propia experiencia de una pareja, resume la módica noción de una cinematográfica incomunicación a la manera de Goddard.

Técnicamente, el libro vale por el acierto en el flujo de la conciencia, por el manejo increíble de las asociaciones mentales y por una suerte de liberación de las normas del diálogo mostrenco.

*Las ceremonias del verano* no es obra de “sensorialismo histérico”<sup>3</sup>, sino más bien una búsqueda de los escondrijos del alma humana. Asendereada, solitaria, desconsolada, la protagonista asume el papel de ser, aunque no lo parezca, su Ulises-Penélope. De este rasgo ambiguo surge, advertiblemente, la tela intemporal que se teje con recuerdos, y el periplo que abarca de Vicente López (Itaca) a París y Casteljandolfo (tierras de feacios y de Circe).

ALFONSO CALDERÓN.

ENRIQUE ANDERSON IMBERT: EL GATO DE CHESHIRE (Editorial Losada, Buenos Aires, 1965. 171 p.).

En 1865 el matemático y poeta Lewis Carroll imaginó un gato hartamente pavoroso que el de Poe, capaz de esfumarse con inenarrable velocidad. Postuló, eso sí, la permanencia de la sonrisa del felino, independiente de su poseedor, con estas palabras:

—Te agradecería que dejaras de aparecer y desaparecer tan de repente: me mareas.

—Muy bien —dijo el gato de Cheshire. Y esta vez se desvaneció lentamente, comenzando desde la punta de la cola hasta llegar a la sonrisa. La sonrisa, cuando ya todo el resto se había hecho invisible, permaneció por algún tiempo en el aire.

—Bueno. Muchas veces he visto un gato sin sonrisa —pensó Alicia—, pero una sonrisa sin gato”.

El gato carrolliano ha dado pie al escritor argentino Enrique Anderson Imbert para ofrecer sus “sonrisas sin gato”, anticipadas en un volumen denominado *El Grimorio* (Editorial Losada, Buenos Aires, 1961), y que satisface con la explicación de que sus cuentecillos son “mónadas, átomos psíquicos en los que se refleja, desde diferentes perspectivas, la

<sup>3</sup>Historia de una insolación.

totalidad de una visión de la vida. De cifrarla, la palabra clave sería: libertad”.

No es difícil establecer el parentesco de los escritos de Anderson Imbert con los de Borges, mediante la visión del desplazamiento de los relatos por un mundo ahistórico, en donde lo real y lo apócrifo se confunden, sin que logren sus criaturas mellar las armas en duelos morales. Dos muestras de la filiación borgiana de este *Gato*...:

“Samuel Taylor Coleridge soñó que recorría el Paraíso y que un ángel le daba una flor como prueba de que había estado allí.

Cuando Coleridge despertó y se encontró con esa flor en la mano comprendió que la flor era del infierno y que se la dieron nada más que para enloquecerlo”.

• • •

“Un hombre vacila entre dos mujeres: se casa con una. Veinte años después, de dichado, consulta a un mago: ¿cómo hubiera sido su vida, de casarse con la otra? El mago se la muestra en una bola de cristal. ¡Es la misma vida!

El hombre, rápidamente, repasa conjeturas, ahora en la bola de cristal de su cabeza:

a) las dos mujeres eran iguales y por eso tanto valía casarse con una como con otra;

b) nuestro destino está ya escrito, y el casarse con una u otra mujer, aun siendo diferentes, no habría cambiado nada;

c) el hombre es el arquitecto de su propia existencia; si es un mal arquitecto, con la dócil materia de cualquiera de esas dos mujeres hubiese acabado por construir un matrimonio desdichado;

d) de casarse con la otra su vida sí hubiera sido feliz, pero este mago es falso”.

La originalidad de Anderson Imbert consiste en proyectar sus fabulaciones mediante una especie de magia verbal, de indudable origen oriental, que va sumergiendo al lector en mundos superpuestos, calidoscópicos, de fácil mutación y apariencia. Contribuye también *El gato de Cheshire* a repensar en las probabilidades metafísicas de ciertos entretenimientos —esparcidos en la obra de Borges gracias a diestras aplicaciones de Chesterton.

Al esfumarse el gato-entidad, queda flotando su contagiosa sonrisa que ilumina —una vez desaparecida— la última página.

ALFONSO CALDERÓN.